

ANÁLISIS DE NIÑOS EN LA ACTUALIDAD¹

Esther Bick

Este simposio reviste por su naturaleza, los caracteres de un hecho histórico, ya que es el primer Simposio de Análisis de Niños en un Congreso Internacional de Psicoanálisis. En mayo de 1927, se llevó a cabo un simposio similar ante la Sociedad Psicoanalítica Inglesa. En esta ocasión, Melanie Klein señaló el contraste entre el desarrollo del análisis de niños y el análisis de adultos, destacando el hecho llamativo de que sí bien el análisis de niños tiene una historia de alrededor de 18 años, sus principios fundamentales no han sido aún claramente enunciados, mientras que después de un periodo similar en la historia del análisis de adultos, los principios básicos han sido formulados, empíricamente comprobados, y los principios fundamentales de la técnica, firmemente establecidos. Prosiguió analizando por qué el análisis de niños ha sido mucho menos afortunado en su desarrollo.

Es evidente que el progreso se ha realizado durante los últimos 34 años, tanto en el análisis de niños en sí como en sus ramas paralelas tales como las Clínicas de Orientación Infantil y que dicho progreso ha sido influenciado profundamente por los trabajos de Melanie Klein y Anna Freud. Así por ejemplo, el universo de niños que se consideran analizables ha sido ampliado; la técnica de juego es ahora de uso general, aunque a menudo de manera modificada; se ha aceptado unánimemente la importancia de las interpretaciones y existe un mayor reconocimiento del enfoque psicoanalítico para la formación de psicoterapeutas y psiquiatras infantiles.

Sin embargo, si examinamos la posición del análisis de niños en relación a la totalidad del campo psicoanalítico, vemos que ocupa un pequeño lugar tanto en la práctica como en la enseñanza, o en las discusiones y publicaciones científicas. Muy poca gente de experiencia en análisis de adultos se orienta hacia el análisis de niños, y muy pocos institutos de Psicoanálisis pueden

¹ Leído en el XXII Congreso Internacional de Psicoanálisis. Edimburgo, Julio-Agosto 1961 y publicado en *The International Journal of Psycho-Analysis*. Vol. XLIII – parte IV-V, 1962.

ofrecer enseñanza sistematizada sobre análisis de niños. El Instituto Británico sería el único, creo, que otorga una real capacitación. Aún esta enseñanza es reconocida como inadecuada. La contribución de los analistas de niños a las discusiones científicas son numéricamente muy bajas, por ejemplo, menos del 5% de los trabajos presentados a Congresos Internacionales son de casos infantiles.

Es llamativa esta falta de interés por el análisis de niños, si tenemos en cuenta el interés vital de los psicoanalistas en la psicología infantil como fuente de conocimiento del desarrollo emocional y la preocupación por los aspectos profilácticos. La ubicación del psicoanálisis dentro de la comunidad depende seguramente, en gran medida, de su capacidad de ofrecer ayuda a los niños y de la comprensión de los problemas emocionales.

Debe haber, sin embargo, dificultades específicas que interfieren en el desarrollo del Psicoanálisis de Niños que no se pueden generalizar al análisis de adultos. En este trabajo intentaré contribuir al esclarecimiento de este problema. Para hacerlo discutiré algunas de las diferencias entre análisis de adultos y análisis de niños desde el punto de vista tanto del estudiante como del analista práctico. Discutiré las frustraciones y gratificaciones, tanto externas como internas.

En primer lugar, para considerar algunas de las dificultades externas: el estudiante que se embarca en el análisis de niños puede verse restringido, debido a las limitaciones por su formación como analista de adultos, tanto económicamente como en relación al tiempo disponible que puede no convenir a los padres del niño. Otra dificultad es que la mayoría de los padres sólo llevan al niño 5 veces por semana durante años, si está severamente enfermo, lo que a su vez no es aconsejable para empezar la experiencia en niños.

Un analista que pretenda restringirse al análisis de niños, lo hallará muy poco compensador desde el punto de vista económico. Algunos aspectos del análisis infantil pueden llevar mucho tiempo, teniendo que mantener el contacto con los padres y el cuidado del cuarto de juegos. Son dificultades reales, pero pueden ser usadas como racionalizaciones para tapar los problemas emocionales del estudio y la práctica del análisis.

Antes de discutir las dificultades emocionales, es importante sin embargo recordar los placeres y gratificaciones que otorga el análisis de niños: puede

ser la única oportunidad para el contacto íntimo con las capas primitivas inconscientes de la mente del niño; el sentimiento de privilegio, por ser depositarios de la confianza de los padres con respecto a su hijo; la conciencia de que se está manejando un ser humano que tiene casi toda la vida por delante y que está aún en las etapas tempranas del desarrollo de sus potencialidades.

Quiero volver ahora a las dificultades internas y las dividiré en dos categorías: primero, aquellas que se generan en las ansiedades en relación al tratamiento de niños en sí y segundo los problemas contra-transferenciales específicos. En la primera categoría están las ansiedades generales de los estudiantes sobre la capacidad de comunicación con los niños, especialmente si él mismo no ha tenido niños o ha tenido poca experiencia con niños pequeños. También hay ansiedades por asumir la responsabilidad. Esto es mucho mayor con niños que con adultos, no sólo porque es una doble responsabilidad, el niño y sus padres, sino porque la mayor responsabilidad recae sobre el analista, dada la escasa madurez del yo del paciente.

El estudiante debe tener bien claro que su tarea es analizar al niño, aunque esto pueda oponerse a lo que los padres del niño esperan del analista. A esto pertenece, por ejemplo, la responsabilidad de analizar problemas tales como la hostilidad o los deseos sexuales hacia los padres. Esto puede provocar ansiedades en el estudiante en su relación con los padres. Estrechamente vinculado con esto está el problema de poder plantearse con independencia, sobre la base del propio juicio clínico, los objetivos del análisis, distintos de los propósitos de cura de los síntomas por los cuales el niño fue traído al tratamiento. Existen también ansiedades en relación con sentirse excesivamente ligado al niño, o atacado por él. El primer tipo de ansiedades puede conducir a una mayor rigidez, lo cual interfiere con el establecimiento de una transferencia positiva. El segundo puede conducir al reaseguramiento, a una negación de los sentimientos hostiles del niño y de las ansiedades persecutorias, o aun tipo de comportamiento tal como apelar a la razón del niño. Todo esto sugiere que el analista no ha sido capaz de aceptar una responsabilidad analítica dolorosa, y ha asumido el rol de padre sustituto.

Estas ansiedades, en relación con los aspectos más arduos de la responsabilidad, pueden ser contenidos y aún disminuidos a través de la ayuda

de un supervisor que comparta entonces la responsabilidad. Pero si fueran demasiado intensas, puede imponer limitaciones tan graves a la efectividad terapéutica, que la supervisión puede resultar de escasa o ninguna ayuda. Sólo el posterior análisis puede capacitar al estudiante para superar los conflictos inhibidores inconscientes. Estas ansiedades se aproximan a las de la segunda categoría, las dificultades derivadas de los fenómenos contratransferenciales.

Freud postuló en 1910: “Conocemos mejor ahora la contratransferencia, que aparece en él (el médico) como resultado de la influencia del paciente en sus sentimientos inconscientes... Hemos notado que ningún psicoanalista va más allá de lo que sus propios complejos y resistencias internas le permiten”. Yo he sugerido que las dificultades contratransferenciales en el análisis de niños son más intensas que en los análisis de adultos, por lo menos de adultos no psicóticos. Creo que esto se debe a dos factores específicos; primero, los conflictos inconscientes que surgen en relación a los padres del niño; y segundo, la naturaleza del material.

En relación al primer factor, el análisis de niños tiene el problema constante de sus identificaciones inconscientes. Se puede identificar con el niño contra los padres, o con los padres contra el niño, o con una actividad paternal protectora hacia el niño. Estos conflictos conducen a menudo a una actitud culpable persecutoria hacia los padres, colocándose el analista en una actitud excesivamente crítica y tornándose también excesivamente dependiente de su aprobación. Existe, además, una dificultad en el estudiante de comprender la doble naturaleza de la relación del niño con sus padres; la dependencia normal y saludable en relación a su edad y los elementos infantiles en la relación debido a las dificultades internas. Cuanto más sea esto reconocido y aceptado por el estudiante, mejor aparecerán en la transferencia las partes infantiles del niño, resultando una mejoría en la relación con los padres, aún en los primeros meses del análisis. El estudiante puede entonces prever y estar preparado para el riesgo de que los padres pierdan de vista la enfermedad del niño y quieran detener el tratamiento, y también para una intensificación de las dificultades en la casa durante las vacaciones analíticas.

No puedo entrar en las muchas vicisitudes de las dificultades analíticas en relación con los padres. Es una parte compleja y delicada de manejar que se integra a su trabajo y que necesita flexibilidad y considerable confianza, tanto

en el análisis de niños en general, como en su propio trabajo en particular. Si podemos dar estos elementos por sentado, la relación con los padres puede volverse una fuente de gratificación.

El segundo factor específico en el análisis de niños concierne al esfuerzo impuesto al aparato mental del analista, tanto por el contenido del material como por su modo de expresión. La intensidad de la dependencia del niño, de su transferencia positiva y negativa, la naturaleza primitiva de sus fantasías, tienden a promover en el analista sus propias ansiedades inconscientes. Las proyecciones violentas y concretas del niño en el analista pueden ser difíciles de contener. También el sufrimiento del niño tiende a evocar los sufrimientos parentales del analista, los cuales deben ser controlados para que pueda prevalecer un auténtico rol analítico. Todos estos problemas tienden a oscurecer la comprensión del analista y a aumentar a su vez la ansiedad y la culpa en su trabajo.

Además, el material de niños puede ser más difícil de entender que el de adultos, dado que es más primitivo en sus orígenes y en su modo de expresión y requiere un conocimiento más profundo de los niveles primitivos del inconsciente. Con niños ocurre que uno puede tener que estar en la oscuridad por largo tiempo, hasta que, a veces, súbitamente surge de la profundidad algo que ilumina y uno interpreta, sin ser siempre capaces de ver cómo alcanzamos esa conclusión. Eso implica una gran dependencia del propio inconsciente, que provee de indicios que orientan al significado del juego del niño y de su comunicación no verbal.

Relataré dos ejemplos clínicos para ilustrar algunos de los puntos examinados. El primero es un caso personal, el segundo es de otro analista y supervisado por mí. Daré un ejemplo de una primera sesión de un niño de 9 años que consultó por eneuresis, timidez y excesiva dependencia de su madre. Entró en el cuarto de juegos conmigo y se detuvo retorciendo su gorra y ruborizándose. Señalé que podía sentirse asustado por no saber lo que íbamos a hacer allí. No hubo respuesta. Le mostré su caja con el material de juego y dije que era para que él lo usara en las sesiones. No hizo ningún movimiento y permaneció como aturdido. Le dije que se le había comunicado que vendría a verme 5 veces por semana y que yo trataría de ayudarlo en sus problemas; me pareció que él esperaba algo muy diferente y que no estaba en condiciones de

decírmelo o que incluso podía no saber exactamente. Continuó con el silencio y la inmovilidad, parecía tenso y preocupado. Entonces dirigió su mirada hacia el papel de la mesa. Dije que él me indicaba que le sería más fácil decirme algo con el papel que hablando. Hizo una señal afirmativa con la cabeza, se sentó y dibujó una casita en la montaña, un sendero y un árbol. Cuando le pregunté, me dijo que era de un hombre joven que vivía solo en una cabaña de troncos en la montaña. Tenía un ciervo que le hacía compañía. Cuando el hombre se despertó una mañana no pudo encontrar al ciervo, salió de la cabaña y vio las huellas de un hombre y de su ciervo en la nieve. Siguió las huellas. Tenía miedo de que el hombre pudiera matarlo, pero igual continuó. Me contó esta historia en un tono solmone y apagado. Yo le dije que había un árbol de Navidad en el dibujo y que de este modo me estaba diciendo una de las cosas que esperaba de mí: que fuera como Papá Noel, que puede hacer maravillas, y que tal vez él esperaba del análisis lo mismo que un pequeño esperaba de Papá Noel. Se sonrió, toda su cara se iluminó y dijo “¡Qué fantástico que haya dicho eso! Esta mañana un niño en la escuela me preguntó qué hubiera querido yo si un hada me dijera que podía pedir tres deseos”.

Interpreté que ahora podíamos comprender por qué él no podía hablar al comienzo de la sesión. Por un lado, él esperaba encontrar en mí un hada capaz de satisfacer mágicamente todos sus deseos; al mismo tiempo temía que yo fuera una bruja que lanzase un hechizo sobre él y lo inmovilizara; parecía haber sentido esto último cuando no se podía mover ni hablar al comienzo de la sesión. En la historia había dos figuras masculinas: una era Papá Noel y la otra el hombre que había robado al ciervo y que podía matarlo. Así, él esperaba que yo pudiera ser un papá que, como Papá Noel, le diera lo que más quería: conservar el ciervo para siempre. Pero también tenía temor de que yo fuera como el hombre que se lo robaba. Tales eran sus esperanzas y temores antes de venir, y cuando se encontró conmigo no sabía cuál de las figuras era yo. Aunque estaba muy asustado, entró conmigo al cuarto, tal vez pensando que si hacía lo que yo quería no lo dañaría, y también porque deseaba mucha ayuda para superar sus problemas y curarse.

Dijo: “Sí, yo no le dije al niño que mi deseo sería curarme de mojarme en la cama. Yo no puedo hacer nada. No puedo ir a los campamentos con los

scouts. No lo puedo parar”. Comprendimos entonces el otro significado importante del ciervo.

Lo que puede verse en este niño, como en otros muchos pequeños pacientes, es que junto con la esperanza de encontrar una solución a sus problemas internos, hay también un profundo pesimismo respecto a ser entendidos por el mundo del adulto. Esto se vio claramente en la excitación del niño cuando exclamó: “¡Fantástico que hubiera dicho eso!”.

Mi segundo ejemplo es tomado de la primera sesión de una niña de 3 años. Ella siguió al analista muy rígida pero dócilmente dentro del cuarto de juegos. Éste le dijo que los juguetes que estaban sobre la mesa y dentro del cajón eran para que ella jugara. La niña miró dentro del cajón, sacó una oveja de juguete, se sentó y comenzó a manipular el lápiz. El analista preguntó si era una oveja-mamá, una oveja-papá o un bebé de oveja, pero esto aumentó su retraimiento. Comenzó a balancearse y a chupar un caramelo que tenía en la boca. El analista interpretó que se sentía sola y asustada y que deseaba estar con su mamá, vinculándolo con sus sentimientos en la noche y el deseo de ser cobijada y tomar su mamadera con mamá. La niña dejó caer la cabeza y jugueteó con sus dedos al “pequeño chanchito”. El analista le mostró su deseo de tener el pecho suave de mamá para dormirse. Su cabeza cayó y golpeó sobre la mesa. El analista puso una almohada allí. Ella tiró su cabeza hacia atrás y él puso la almohada detrás de ella, pero la niña, sistemáticamente, la evitaba. Se interpretó que la almohada no servía para reemplazar al pecho (falda) de mamá, así como incomodidad y disgustos similares con el analista; se restregó un poco los ojos, se rascó la cara y se hurgó la nariz. El analista interpretó la desilusión de tener un hombre como analista y sugirió que ella esperaba tener una mujer como su hermano, que también estaba en análisis. También dijo que estaban a tiempo de detener el análisis. Ella le devolvió la oveja, lo miró y pareció tener un contacto mejor con él antes de irse. En la sesión siguiente, hubo un marcado cambio en la relación con el analista; aportó material rico y detallado, en el cual aparecieron ansiedades en relación a la transferencia, vivido el analista como el hermano.

En la sesión inicial de la niña vemos cómo lo que parecía ser un material muy escaso se volvió rico y detallado con las interpretaciones, mientras que en el caso del niño, de material rico en detalles pero pobre en emociones, se volvió

pleno de sentimientos y contacto a través de la interpretación. En ambos casos las interpretaciones se basaron inicialmente en la respuesta intuitiva del analista frente a la situación, emergiendo el proceso proyectivo preverbal del inconsciente del niño al analista. En el caso de la niña, el sueño y la casi caída tuvieron el efecto de proyectar en el analista considerable ansiedad por su integridad, lo que determinó que interviniera activamente, dándole una almohada. La sistemática evitación de la almohada por parte de la niña, aumentaron los sentimientos de desesperanza de protegerla. Estas dos proyecciones trabajaron juntas: “Yo no puedo ayudar a esta niña y de hecho la voy a dañar porque no he tomado la clase adecuada de almohada”. Fue justo después de la interpretación de su desencanto por un analista hombre, sin pechos verdaderos, que, al terminar, la niña entró en contacto con el analista; y al día siguiente produjo material más rico, expresando su ansiedad de repetir con el analista los problemas sexuales con su hermano.

En el caso del niño, éste pudo comunicar desde el comienzo su angustia a través de su comportamiento no verbalizado. La ansiedad de la analista indujo a dar explicaciones sobre el proceder analítico. En esta situación esto era equivalente a un reaseguramiento, por lo tanto no estableció contacto con el niño. La analista, siguiendo la mirada del niño, lo invitó a dibujar. El dibujo y la historia fueron producidas sin animación ni interés, aunque la historia en sí parecía vital y llena de ansiedades. La analista sintió que la desesperanza que él proyectaba en ella, tanto al comienzo de la sesión como a través de la manera apagada y triste con que relataba la historia, provenían de un nivel más primitivo que el material edípico. La analista, frente al árbol de Navidad, sintió que representaba un proceso de *splitting* mucho más profundo, al separar los objetos en buenos idealizados y terriblemente persecutorios, con sus respectivos poderes mágicos para el bien o el mal. Pudo entonces tomar contacto con el mundo interno primitivo de brujas y hadas del niño, y así entender los sentimientos disociados de esperanza de un objeto omnipotente.

Con ambos niños siguiendo la dirección hacia la profundidad, alcanzada al asumir la angustia proyectada, el analista pudo interpretar en un nivel más profundo. En el caso de la niña en relación a sus expectativas de un pecho real para dormir y succionar; en el caso del niño, la esperanza de un hada omnipotente para protegerlo contra perseguidores.

Además de la habilidad para manejar el tipo de material que el niño produce espontáneamente y para contener sus proyecciones concretas, hay que tener en cuenta la dificultad de permitir al niño experimentar pena sin introducirse en terreno no-analítico. El esfuerzo para tolerar el sufrimiento del niño es mayor que en los adultos, no sólo por la debilidad del yo en el niño, sino por la necesidad de apelar a los propios sentimientos paternos. Esto es penoso cuando el niño está perseguido o llorando, pero lo es particularmente cuando está tratando de ser bueno y de reparar y no lo logra debido a sus conflictos internos. Una niña pequeña rompió la mayoría de sus juguetes después del primer día de vacaciones del análisis. Luego de trabajar un poco sus sentimientos respecto a ello, decidió recomponer la figura de la madre, a la que había roto la cabeza y un brazo, pero éste continuaba cayéndose. Estaba muy angustiada, pero perseveró un largo tiempo. Eventualmente decía, señalando a la figura, “ella está cansada” y entonces abandonaba. En esta situación, el analista de niños puede encontrar mucha dificultad para resistir el pedido silencioso del niño o para una ayuda directa.

Mis comentarios sobre las dificultades internas del análisis de niños, tal vez puedan ser resumidos por una cita del trabajo de Gitelson *La posición emocional del analista en la situación psicoanalítica*. Tras una cita de Freud sobre la definición original de la transferencia, continúa diciendo: “Si la transferencia, continúa diciendo: “Si la transferencia ha de ser una recapitulación irracional de las relaciones infantiles, sujeta a interpretación psicoanalítica, entonces nada de la realidad corriente debe intervenir para darle validez concomitante. Estos son aún los principios directrices de la técnica psicoanalítica clásica”. Esta cita se refiere al análisis de adultos. Klein estuvo guiada por los mismos principios de la técnica psicoanalítica clásica en su trabajo con niños. Mostró que en esta tarea el analista de niños tiene que establecer un *setting* analítico tanto externo como interno para permitir al niño reexperimentar las relaciones infantiles irracionales de la niñez. He intentado mostrar que es más fácil aceptar el *setting* externo (que Klein desarrolló en su técnica de juego) que aceptar y tolerar las dificultades producidas por mantenerse en la actitud psicoanalítica fundamental que requiere el trabajo con niños.

El estudiante está así expuesto a grandes ansiedades. Es importante, por lo tanto, que realice la práctica de niños mientras está él mismo en análisis. El trabajo con estas ansiedades le ayudará a profundizar en su propio análisis. He descubierto que el análisis de niños aporta al estudiante una mayor convicción sobre la realidad de las fantasías inconscientes que lo que lo hace el trabajo con adultos. Ver esto concretado en el juego del niño y en su comunicación espontánea, ver la inmediatez del alivio o el cambio en la naturaleza de la ansiedad consecutiva a las interpretaciones, constituye una inacabable fuente de asombro y de gratificaciones para el analista de niños.

En suma, el propósito de este trabajo es llamar la atención sobre el grave descuido del análisis de niños. He señalado especialmente dos factores responsables de su lento desarrollo: las dificultades exteriores, asociado a las dificultades económicas y de tiempo, a lo que se agrega la falta de entrenamiento adecuado, y por otro lado los múltiples escollos internos que integran el análisis de niños por la naturaleza especial de este último.

He indicado también las gratificaciones inherentes a analizar niños y he enfatizado la importancia del desarrollo futuro de esta tarea, tanto en términos del aporte a la comprensión psicoanalítica en general como en los de su contribución a la comunidad.